

HOMILÍA EN LA POSESIÓN CANÓNICA DE LA IGLESIA DE SAN JOSÉ DEL GUAVIARE

Julio 9 de 2016. Fiesta de Nuestra Señora de Chiquinquirá

Bendito sea Dios Padre que a todos nos ha elegido en Cristo para ser sus hijos, por eso, hoy llego a esta Iglesia como hermano. Bendito sea también porque en su soberana liberalidad distribuye los ministerios y las funciones y por eso hoy llego a esta Iglesia como Obispo. Con Ustedes soy cristiano, para Ustedes soy Obispo.

La llegada de un Pastor Diocesano genera siempre reacciones diversas: indiferencia de unos, curiosidad de muchos, alegría de otros. Por eso es un buen día para preguntarnos: ¿Cuál es la misión de un Obispo en la Iglesia para la que ha sido destinado? Los oficios de un Pastor son ciertamente muchos, pero hoy, inspirado por la liturgia de la ordenación episcopal y la fiesta de Nuestra Señora de Chiquinquirá, quiero subrayar algunos:

En primer lugar el Obispo es un hombre de fe, enviado a conservar la pureza de la fe de su pueblo. Por eso, en la pasada fiesta de la Santísima Trinidad, por exigencia del Santo Padre, proclamé de modo público y solemne el Credo y prometí ser fiel a la fe proclamada por la Iglesia. El día de mi ordenación me preguntaron si quería anunciar con fidelidad y constancia el evangelio de Jesucristo, conservar la fe apostólica y permanecer en comunión y obediencia con el sucesor de Pedro, luego en un gesto bellísimo impusieron los evangelios sobre mi cabeza y después me los entregaron con la orden de anunciarlo a las gentes. Fue una conjunción amplia de palabras y de signos con los que la Iglesia me dejaba bien claro que era constituido como garante de la fe y que, como en los tiempos de la elección de Matías, elegían a uno que ante todo, fuera un seguidor de Cristo para quien la resurrección fuera certeza y no hipótesis.

En tiempos en que cohabitan sin problemas la indiferencia religiosa, el racionalismo extremo, la religiosidad auténtica y el animismo ingenuo, c que nos reveló Jesucristo, a anunciar sin desánimo su evangelio y a proclamar la alegre noticia de su resurrección y la nuestra. Me acojo a María la Virgen fiel, la dichosa porque supo escuchar la palabra y ponerla en práctica para que me ayude en esta misión.

En segundo lugar el Obispo es un intercesor por las necesidades de su pueblo. Por eso, me preguntaron también si estaba dispuesto a rogar continuamente a Dios todopoderoso por el pueblo santo y cumplir de manera irreprochable las funciones del sumo sacerdocio; yo respondí que sí. En la oración Consecratoria mis hermanos Obispos pidieron para que viviendo fielmente mi ministerio atrajera el favor de Dios sobre mi pueblo. Hoy ese ruego continuo, esa oración continua, esa intercesión continua adquiere un rostro concreto y un compromiso prioritario con el pueblo que peregrina en el Guaviare.

Para este ministerio de intercesión fijo mi mirada en Jesús que intercede por los suyos en la víspera de la pasión y que muere intercediendo y clamando perdón por sus verdugos, fijo

los ojos en él que vive eternamente ante la presencia del Padre para interceder por nosotros y que se ha ofrecido por nuestros pecados de una vez para siempre. Para este ministerio pido el atrevimiento de Moisés que ante la inminencia del justo castigo al pueblo por haber adorado el becerro de oro se conmociona interiormente por amor y lleva al colmo su misión intercesora con actitud vehemente y atrevida. Moisés sabe que la ira de Dios es pasajera pero su misericordia eterna y por eso no teme dirigir un sutil chantaje a su Señor cuando le dice: “Este pueblo ha cometido un gran pecado adorando un becerro de oro, pero, aun siendo así: o lo perdonas o me borras también a mi del libro que has escrito”. La actitud de Moisés es temeraria, pero la de Yahvé es desconcertante, no se enoja con Moisés, no lo cuestiona, pues en el fondo ese pastor caudillo se parece mucho a él; exigente consigo mismo, misericordioso con el pueblo vacilante. Me acojo a María la intercesora de Caná y la universal intercesora en favor de los fieles, para que me enseñe a rezar más por mi pueblo y por la Iglesia toda, que por mí mismo.

En tercer lugar el Obispo está llamado a una cercanía concreta con los sufrientes de su pueblo. En tiempos de éticas indoloras, de solidaridad mediática y publicitada, que se ocupa de los necesitados sin tocar sus cuerpos lacerados y sin conectar con su dolor, me preguntaron hace unos días en mi ordenación episcopal si estaba dispuesto a ser siempre bondadoso y comprensivo con los pobres, con los inmigrantes y con todos los necesitados. Yo respondí que sí y comprendí que la pregunta abarcaba dos dimensiones de la solidaridad cristiana, una gerencia de la caridad, a través de la Pastoral Social y de la colaboración con los entes gubernamentales y privados que busquen mejorar las condiciones de vida de los sufrientes, y otra que me compete de modo indelegable: Dios me exigía ser cercano de modo afectivo con el menesteroso, pues no se puede delegar la bondad y no se puede ser comprensivo si no se ha visto, oído y tocado el dolor del hermano. El amor al sufriente no es para el Obispo un carisma, sino una exigencia, pues sólo puede ser sacramento y epifanía del buen Pastor el que se acerca con ternura a la oveja afectada por cualquier clase de dolor.

Yo no soy empresario, no soy político, no tengo ni oro ni plata, sólo tengo a Jesús el Cristo y me tengo a mí mismo, es a Él y a mí lo que les ofrezco, su cercanía y la mía, su afecto y el mío, su consuelo y el mío. Eso sí, estoy seguro que buscando primero el Reino de Dios y su justicia, inimaginados bienes se nos darán como añadidura.

También en esta tarea me encomiendo a María, que en las letanías exaltamos como Salud de los enfermos, Refugio de los pecadores, Consoladora de los afligidos, auxilio de los cristianos. A ella pido que me ayude a ver en cada sufriente, pobre o rico, docto o iletrado, poderoso o desvalido, el rostro sufriente de su Hijo.

En cuarto lugar, el Obispo es un hombre que trabaja por la paz. Las letanías rogaron a Dios que concediera paz y concordia a todos los pueblos de la tierra, el Evangelio de las bienaventuranzas proclama dichosos a los que trabajan por la paz, y la oración colecta de hoy anhela que ayudados por la intercesión de la Señora Santa de Chiquinquirá los colombianos logremos nuestro progreso por caminos de paz y de justicia.

Como creyente que soy, anhelo el día en que se realice el sueño de Isaías: que los adversarios forjen con sus espadas azadones, y con sus lanzas podaderas y que no se ejerciten más para la guerra. Por eso saludo todo esfuerzo que se haga para alcanzar una paz política, que sea estable y duradera. Pero, las guerras comienzan mucho antes de disparar el primer fusil, pues ellas se gestan en los corazones resentidos y ambiciosos; y terminan mucho después de acallar el último cañón, pues la guerra persevera en los corazones justicieros y vengativos. El esfuerzo de esta Iglesia del Guaviare, es el de fortalecer los actuales procesos, con la búsqueda del perdón y la reconciliación, sólo ellos generarán la paz estable y duradera que aguardamos, porque está garantizada por Jesús y se ha firmado en el corazón del hombre. En este esfuerzo, la familia será escenario privilegiado, pues lamentablemente constatamos que es el primer actor de violencia en la nación.

No hay paz del corazón que no incluya la naturaleza. Ella ha sido arrastrada por el hombre en su caída y será exaltada también por su redención; también ella gime expectante, aguardando la restauración. En efecto, el hombre purificado en el diluvio purificó consigo la creación entera; el sueño de Isaías de una restauración gloriosa del hombre incluye cielos nuevos y tierra nueva; en la alegría de Belén participan los astros y los animales y en el final glorioso del apocalipsis la creación se viste de cristal y de joyas. Es también ministerio del Obispo proclamar la paz con la creación, sobre todo en esta tierra en que los parques naturales se constituyen en la originaria catedral, donde Dios dejó plasmada toda la belleza y esplendor de su ser. Encomiendo esa prioritaria tarea en María, Reina de la paz.

Quiero finalmente referirme a otra misión prioritaria hoy para el Obispo: su responsabilidad y cuidado frente a los Presbíteros, diáconos, Religiosos y Líderes pastorales. La oración consecratoria pidió para mi la Gracia abundante del Espíritu que me permitiera distribuir los ministerios y oficios, pero según la voluntad de Dios. Esto me obliga a ahondar en el arte del discernimiento de las vocaciones y del acompañamiento a los sacerdotes, Diáconos, religiosos, religiosas y líderes pastorales para no obrar motivado por la emergencia, sino por la idoneidad.

Es cierto que somos pocos, pero, misteriosamente a Dios le han gustado siempre los escenarios pequeños y las pequeñas cifras. El reino se compara a la semilla de mostaza, a la pizca de sal y de levadura, pero quede claro, no por su pequeñez sino por la enorme capacidad que tienen para crecer, para dar sabor y fermentar, a pesar de su pequeñez. Ministros ordenados, religiosos y misioneros laicos enamorados de Cristo y de su Reino se constituyen en la mejor estrategia para que surjan vocaciones autóctonas, pues la mejor pastoral vocacional no se hace por propaganda, sino por antojo.

Cuanto sufre la Iglesia cuando se encuentra con la arrogancia de los que piensan que antes de ellos no hubo antes y que después de ellos no habrá nada susceptible de mejorar. A mis venerados predecesores en el pastoreo de esta Iglesia: Monseñor Belarmino Correa, Monseñor Guillermo Orozco, Monseñor Francisco Nieto, Monseñor José Figueroa mi testimonio de admiración y respeto. La obra que el Espíritu hizo a través de su apostolado en estas tierras no será arrasada. El compromiso misionero, la labor social, el apostolado

con las familias, el interés por las vocaciones autóctonas, el desarrollo de las estructuras institucionales y materiales seguirá su marcha, pues hacen parte de los rasgos propios de esta Iglesia que Ustedes han visto nacer y ayudado a crecer.

Entrar hoy a la Iglesia del Guaviare, es también entrar en la Provincia Eclesiástica de Villavicencio, en cabeza del Señor Arzobispo Oscar Urbina. Agradezco la acogida que me han brindado, me acojo a su ayuda y cuidado y les ofrezco lo que soy y tengo para que la comunión en el afecto y en el apostolado se haga patente entre nosotros.

Dios que comenzó en nosotros esta obra buena, él mismo la lleve a término.